

LAS DIVINIDADES DE PACHACÁMAC DEL MUSEO DEL TROCADERO

Los periódicos de París correspondientes al 19 de enero de este año dan cuenta de haberse efectuado una significativa ceremonia en el Museo del Trocadero de aquella capital, presidida por el Ministro de Instrucción Pública, con motivo de la inauguración de la sección "Berthon", consistente en los objetos antiguos peruanos colectados por el sabio arqueólogo (sic) Capitán don Pablo Berthon, en cumplimiento de la misión arqueológica que, en 1907, le encomendara el Ministerio de Instrucción Pública de su país. Habríamos dejado pasar desapercibida esta viveza del señor Berthon si para darse facha de *sabio arqueólogo* ante sus compatriotas no hubiese recurrido á una superchería, presentando, á sabiendas, como objetos legítimos, toscas falsificaciones, cosa que contribuye á enmarañar más la historia antigua del Perú, harto plagada ya de imposturas de escritores y viajeros inescrupulosos. Desde luego, aquí vivíamos completamente ignorantes de que la competencia de arqueólogo peruano del señor Berthon fuera tanta que hubiese merecido del Ministerio de Instrucción Pública de su país la alta honra de encomendarle una misión científica de tal naturaleza, y que el señor Berthon pudiese desempeñarla estando comprometido con nuestro gobierno á dedicar todo su tiempo disponible al servicio del ejército del Perú. Pero, en fin, pasemos esto por alto y vamos al grano.

Resulta qué merced á los profundos estudios históricos sobre el Perú que el señor Berthon ha hecho entre gallos y media noche, "se ha descornado un poco el velo del misterio que envolvía los orígenes de este país". Según el artículo publicado en el diario "L'Eclair" de París, de la fecha que dejo mencionada, que es el que me sirve para trazar estas líneas, y que á no dudarlo ha sido inspirado por el señor Ber-

thon, de las numerosas sepulturas explotadas metódicamente por él, ha extraído los preciosos objetos que hoy figuran en la sección que lleva su nombre en el Museo del Trocadero.

Los cementerios excavados por el señor Berthon—según él—han sido los de Nazca, Ica, Pachacámac, Trujillo y Lambayeque. No hay tal cosa: el señor Berthon nunca hizo la explotación metódica que ahora pretende, ni estuvo jamás en Nazca. Bien sabemos aquí cómo reunió su colección. Durante los viajes de instrucción del Estado Mayor por los departamentos de Junín y Lambayeque, en que el aquí comandante Berthon tomaba parte como jefe del servicio topográfico, se contraía este caballero á comprar ó *codear* huacos en todas partes; y en los alrededores de Lima se limitó á seguir las huellas de los huaqueros del Museo, habiendo tenido la suerte de encontrar en una tumba antigua de Nievería un hacha de cobre y otros objetos de valor. “El estudio de los objetos descubiertos, en número muy crecido, permite trazar un cuadro cronológico de las civilizaciones, tomando como punto de partida el período de Tiahuanaco, donde el estilo es de formas rectangulares. El Capitán Berthon distingue (sic) otros dos períodos, el uno pre-Tiahuanaco, en el cual se desarrollan paralelamente tres civilizaciones alrededor de los centros de Nazca, Nievería y Trujillo, y después un período post-Tiahuanaco”. Esto dice “L’Eclair” de la labor del señor Berthon. Vaya, valgan verdades: esta es una broma del Capitán Berthon. Este señor no estuvo nunca en Tiahuanaco, ni estudió sus ruinas ni publicó obra alguna sobre ellas; tampoco estuvo en Nazca, ni ha publicado obras monumentales sobre Trujillo y Pachacámac. Estudios y obras son estas publicadas por el doctor Uhle, pero el señor Capitán ha tenido la audacia de ir á dar como suyas teorías arqueológicas exclusivamente sustentadas por mi sabio maestro y amigo el Doctor Uhle, hartamente conocidas ya en el mundo científico. Y como prueba de esta afirmación mía, véase como se expresaba el sabio arqueólogo en la conferencia que ofreció en el Congreso de Americanistas celebrado en Viena en Septiembre de 1908. Después de disertar largamente sobre el período de Tiahuanaco, dice:

“Mis investigaciones en Pachacámac, en 1896, tuvieron luego, respecto de la prehistoria del Perú, esa dirección, resultado general mediante el cual determiné los períodos de civilización acaecida en el centro del Perú, desde Tiahuanaco, y que clasifiqué definitivamente por orden cronológico”.

“Durante la primera misión que desempeñé por cuenta del Museo de California, pude hacer ver que las ruinas monumentales de Moche y de la civilización brillante que había dirigido esas construcciones, eran de una época anterior al período de Tiahuanaco. Busqué en el valle de Ica necrópolis que correspondiesen al carácter de los huacos de varios colores, hasta entonces raros, de esa región. Encontré enormes construcciones parecidas á las colinas que pertenecían á esa época en los valles de Chincha y de Pisco, y me encontré en situación de desarrollar en el Congreso de Stuttgart nuevas teorías á la edad de las tres civilizaciones: de Tiahuanaco, de la antigua Ica y del antiguo Trujillo”.

Ahora vamos á las divinidades principales de Pachacámac, extraídas de entre la arena de esas ruinas por el Capitán Berthon, y que figuran entre los más prominentes objetos de la Sección inaugurada. Sabida cosa es que deseando completar cuanto antes el rescate de Atphualpa, para continuar la conquista del país, Don Francisco Pizarro despachó á su hermano Hernando al frente de una veintena de valientes para que recogiese los tesoros del célebre santuario. Entre ese puñado de audaces iba Miguel de Estete, quien escribió la relación del viaje (inserta íntegra en la Conquista del Perú por Francisco de Jerez y en la Historia de Indias por Oviedo). Según Estete, Hernando salió de Cajamarca el 5 de enero de 1533 y llegó á Pachacámac el 30 del mismo mes. Una vez en el templo, Hernando entró á la habitación en donde estaba *el ídolo*, “que era de palo muy sucio”, dice Estete, que lo vió, y añade: “El Capitán mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y *quebrarle* delante de todos, y les dió á entender muchas cosas de nuestra santa fe católica, y les señaló por armas para que se defendiesen la señal de la cruz”.

Dos años justos después llegaba Francisco Pizarro á ese

lugar y desde allí enviaba á Rui Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Don Benito para que recorriesen los valles inmediatos en busca de lugar donde fundar la capital, vistos los inconvenientes de tenerla en Jauja. Mientras tanto, Pizarro, según refiere el cronista Montesinos, acababa de destruir los ídolos que habían quedado en Pachacámac. Por ese mismo tiempo los frailes mercedarios establecían una ermita en el que fué convento de vírgenes del Sol en Pachacámac, y se dedicaban empeñosamente á perseguir la idolatría y enseñar á los indios la religión católica. También desde esos remotos tiempos las construcciones de Pachacámac comenzaban á ser demolidas por los buscadores de tesoros. Luego vinieron los visitadores de idolatrías: Avendaño, Dávila, el implacable Arriaga y otros, que no dejaron amuleto por insignificante que fuese sin destruir, valiéndose de cuantos medios tuvieron á su alcance para descubrirlos. A fines del siglo XVIII comienzan á explotar las ruinas los hombres de ciencia, y Dombey remite á Europa 400 cajones de objetos extraídos de las sepulturas de Pachacámac. En siglo XIX tenemos, entre otros muchos, á Squier, Bandelier y Uhle, quien hace una explotación metódica durante un año para publicar su magistral obra sobre esas ruinas. ¿Es posible que durante más de tres siglos y medio hayan podido permanecer ocultos aquellos objetos y escapar á la mirada de tantos investigadores? Con todo, no tendríamos sino admirar la buena fortuna del señor Berthon por tan valioso hallazgo si no conociéramos su origen. Estas *divinidades* son cuatro añosos troncos de sauce, de uno á dos metros de largo y de proporcionado grueso, á los cuales se les ha incrustado conchas coloradas, sacadas de tumbas antiguas de alguna huaca, de modo que la falsificación salta á la vista. Un conocido oculista y negociante en antigüedades peruanas de esta capital tragó el anzuelo y adquirió los leños viejos por unas pocas decenas de libras; pero bien pronto descubrió el engaño y entouces los puso en venta en la casa de cambio de monedas de don Hemann Cohen, Portal de los Escribanos número 80. Allí los examinamos repetidas veces con el Doctor Uhle; allí los vió todo Lima durante varios meses, sin encontrar comprador, á pesar

de que el propietario se resignaba á perder algunas libras respecto al precio que había abonado por ellos; allí los vió también el señor Berthon y fué entonces que se le ocurrió la diablura de comprarlos baratos para reírse luego de la credulidad de sus paisanos.

Esta es la verdadera historia de las DIVINIDADES DE PACHACÁMAC, que ostenta orgulloso el Museo del Trocadero, y que esperamos que allí se les coloque luego al lado de la tiara de Tsaitafernes.

Carlos A. Romero

